

Árbol del sueño

Bernardo Paz Gonzales

El centro del mundo

No resulta en absoluto extraño que tras la muerte de Jesús Urzagasti (1941-2013) se multiplicara rápidamente el número de textos dedicados tanto a su obra como a su persona. Incluso este número de *El Zorro Antonio* es un homenaje al destacado autor. Ahora bien: muy a pesar del contenido que pueda leerse en los mencionados textos, es importante señalar un aspecto muy recurrente en todos que, aunque parezca básico, resulta tremendamente evocador: Jesús Urzagasti fue, antes que nada, un escritor chaqueño.

Puede parecer un mero dato paratextual pero, al verse culminada la obra de Urzagasti, resulta innegable que gran parte de su escritura es inherente al Chaco. Una región que logró redefinir consistentemente no sólo en *Tirinea* (1969) —sin duda su obra más conocida— sino también en *El último domingo de un caminante* (2003), la obra que aquí nos concierne. Y se puede hablar de una redefinición porque si acaso el Chaco formó parte importante de la literatura nacional antes de la llegada de Urzagasti fue, claro, en la narrativa motivada por la Guerra del Chaco. Y en este punto vale la pena hacer énfasis en esta distinción. Veamos.

Sin duda la obra más representativa relacionada a esta temática —que podría considerarse, incluso, un subgénero literario (Antezana: 14)— es *Sangre de mestizos*, de Augusto Céspedes. Pues bien: René Zavaleta Mercado abre su estudio introductorio a la sexta edición de este libro de forma muy contundente: “Descubro que el secreto del arte de Augusto Céspedes en *Sangre de mestizos* son los trágicos fantasmas inmóviles del background [sic] de la trama” (1979). Ahora bien: esta aseveración se sostiene en dos hechos implícitos: 1. Zavaleta reconoce la existencia de algo que denomina ‘[el] arte de Augusto Céspedes’;¹ y 2. ese ‘arte’ guarda un secreto.

En principio, este secreto debiera ser entendido no como un misterio, sino más bien como aquello que se quiere apartar o situar en un lugar poco visible.² Zavaleta toma “El Pozo” —el primer relato— como ejemplo representativo del libro de Céspedes y señala dos líneas fundamentales en su estructura. La primera la ocupan las acciones de los zapadores quienes, poco a poco, son literalmente absorbidos por la segunda línea: el pozo, “el maldito trasfondo inanimado” (Zavaleta). ‘El secreto del arte de Augusto Céspedes’ sería, pues, no sólo un objeto, sino también la forma en la que éste va adquiriendo una “personalidad pavorosa, sustancial y devoradora” (Céspedes: 28).

Pues bien: frente a este espacio hostil y monstruoso que Céspedes va configurando sistemáticamente, se podría pensar en el Chaco de Urzagasti en *El último domingo de un caminante*; un lugar que quizás por el simple hecho de no configurarse en un contexto bélico aparece como un espacio paradisiaco que, en esencia, es benévolo. La trama de esta novela tiene lugar en Las Conchas —un territorio apartado, cerca de la antigua Colonia Crevaux—. Lugar en el que hace muchos años ya vive Santos Gallo, un personaje que fácilmente podría remitirnos al Viejo de *Tirinea*, pues, si bien no es el último sobreviviente del lugar, se encuentra profundamente arraigado a él. Ese es su núcleo, el centro fundamental de su mundo.

Dos estadios

Como una buena historia, de esas dignas de contarse, ésta comienza descorchando un vino a media noche. Aunque para ser más precisos, habría que aclarar que se trata de una damajuana y que es la primera de muchas que animarán la reunión de fin de semana en

¹ Utilizo las comillas simples para recuperar fragmentos de citas anteriores.

² La palabra “secreto” viene del latín *secretus* que quiere decir “poner aparte”. Entrada recuperada de: [<http://etimologias.dechile.net/?secreto>] el 16 de octubre de 2013.

Las Conchas. El primer capítulo (“Medianoche en *Las Conchas*”) marca la atmósfera de toda la novela y pone sobre la mesa una de sus grandes transversales. Martín Gareca camina por el patio “como un *intruso* bajo la luna [...] [mira] las vacas, [...] los árboles raquíticos y [...] la casa alumbrada por dos mecheros. El jeep y la camioneta, debajo de un mistol coposo, [desentonando] en ese patio de nadie” (Urzagasti 2003: 5).³ Aquí el adjetivo “intruso” —que habría que extender también a los dos automóviles parqueados— marca dos hechos fundamentales: la situación del ciudadano Martín Gareca como un sujeto que todavía conserva su condición de visitante en Campo Pajoso y, además, la puesta en evidencia de la oposición entre campo y ciudad que se tensiona en la novela.

Pues bien, es a partir de estos personajes (Martín y Santos), principalmente, que la novela marca una diferencia fundamental entre ciudad y campo: el saber y la sabiduría. En este punto, vale la pena pensar en la sucinta diferenciación marcada por Juan José Saer en su ensayo titulado “Riesgos de la sabiduría”:

A diferencia del castellano, el idioma francés distingue *savant* (el hombre de ciencias o el que sabe mucho algo) y *sage* (el que ha alcanzado, a través de sus actos y de sus pensamientos una especie de armonía moral y mental que le otorga la inefable capacidad de sustraerse de las contingencias del mundo). (Saer 2006: 49-50)

No por nada sabemos que Martín Gareca es geólogo y Santos, luego de enviudar, vive solo en Las Conchas seguro de que “la locura —su locura— es el nido secreto de la pureza” (Urzagasti: 98). De esta manera, la relación entre estos personajes puede extrapolarse a la oposición esencial en el relato, misma que no parece resolverse sino hasta el último capítulo, donde Choque (otro lugareño) y Santos Gallo discuten la posibilidad de que Martín viva en Campo Pajoso, trabajando como profesor. Pero esta posible conclusión no supone una complementariedad entre ambas categorías (saber y sabiduría) que, si se quiere, podrían verse como el producto de la destilación de las oposiciones fundamentales que tienen lugar en la novela —y que Urzagasti trabaja en varias de sus novelas; sucede en *Tirínea*, por ejemplo—.

Pues bien, en este entendido, vale la pena notar la evolución que existe entre el primer capítulo, en el que Martín es un intruso, y el último, en el que los lugareños comienzan a verlo como un potencial vecino. Todo lo demás —el resto de la novela— ocurre entre estos dos estadios fundamentales.

“En el monte llegamos a conocernos todos”

La soledad de Santos Gallo se ve interrumpida durante el fin de semana en el que todos sus invitados se reúnen en Las Conchas para conversar, comer, bailar, pasear y, sobre todo, beber vino. Y en este ambiente cuasi dionisiaco, la interioridad de los personajes va saliendo a flote de a poco, pues cada capítulo narra la historia de uno de ellos. Pero entre todas éstas, la más peculiar es, sin duda, la de las mellizas Hortensia y Margarita. Las bellas hermanas trastocan, en muchos sentidos, la noción más tradicional del doble⁴ pues no existe, ni mucho menos, la búsqueda de una anulación ineluctable entre ambas, sino todo lo contrario. El narrador nos dice que “el parecido [es tan grande] que sirve para señalar diferencias muchas veces invisibles” (52).

Ahora bien: con las mellizas también se puede entender de mejor manera la lógica que rige en el monte, pues se trata de una suerte de laberinto en el que no acecha un Minotauro sino la memoria; el monte tiene un constante aroma a nostalgia (46). Por ejemplo: llega un momento en el que Martín Gareca decide perderse en el monte con Margarita, mientras su esposa hace lo propio con Ventura, otro invitado. Los primeros terminan teniendo relaciones bajo la sombra de un algarrobo, mientras los segundos deciden nadar desnudos en el río. Pero “del amor y su sombra sólo hablan un hombre y una mujer” (83), y así el monte se convierte en un lugar en el que los deseos pueden concretarse. Por eso las mellizas tampoco tienen problemas en convivir con el mismo hombre (Bonifacio).

Este tipo de acontecimientos que tienen lugar durante la estadía, se desarrollan en contrapunto a las historias de cada personaje por lo que la comparación entre ambas temporalidades se hace inevitable. Y tenemos que: la memoria se instaura, sobre todo, como el lugar de los deseos truncos; y el monte como el espacio donde las cosas *suceden*, a secas, donde todos se pueden llegar a conocer (156). Por eso, este tipo de sucesos no alarman más a las personas que el hecho de que, en medio de la fiesta, se termine el vino; finalmente, “en el Chaco las huellas se disipan rápidamente como los hechos triviales” (13).

En el monte hay, entonces, una doble dimensión: es, a la vez, el lugar que detona recuerdos y el que, de alguna manera, cumple deseos. En este lugar, en los momentos de fiesta, mientras todos permanecen

³ Las cursivas son mías. Los corchetes sólo modifican el tiempo verbal de los verbos. Todas las citas de esta edición.

⁴ Me refiero a las nociones más tradicionales como, por ejemplo, la que plantea Edgar Allan Poe en “William Wilson”, donde su protagonista no encuentra otra salida más que eliminar a su doble; o la latente aversión por los espejos en muchos relatos de Jorge Luis Borges.

dentro de la propiedad de Santos, la memoria es protagonista; pero cuando los personajes se mueven —cuando salen de paseo, por ejemplo— es cuando la contingencia se abre paso, los personajes entran en un territorio extraño. Cuando lo hacen, ya no son ellos quienes tienen control de su historia,⁵ es como si el Chaco generara una propia. El algarrobo cerca del que deciden descansar Martín y Margarita, por ejemplo, parece un afrodisíaco para Martín, quien recuerda a un antiguo amor que toma el cuerpo de Margarita, como si así se saldaran cuentas del pasado. Es con este tipo de sucesos que toma mayor sentido la sentencia de Eleuterio (otro invitado): “[en el monte] te pierdes sin saber que te has perdido, y así entiendes todo” (102). Hay muchas formas de perderse.

Árbol del sueño

Como en muchas de sus novelas (y algunos poemas), en *El último domingo de un caminante* existe cierta fijación por los árboles; y en este caso preciso, la narración misma sigue esta figura en su estructura. El Chaco se convierte en una suerte de detonador de memoria, es el tronco del que se desprende la historia de cada personaje. Hasta el propio narrador, en un momento de debilidad, pierde la compostura y deja escuchar su voz que —como bien señala Blanca Wiethüchter en la solapa del libro— parece la extensión de una memoria colectiva.

Ahora bien, dicho así, se podría pensar que la sucesión de hechos en la novela es caótica, pero lo cierto es que todo sigue una lógica y se ordena velozmente en los últimos dos capítulos en los que, como se adelantaba, se propone una resolución. Ésta no implica sólo que Martín se convierta en profesor, sino —y esto es mucho más significativo— que la mencionada separación entre *sage* y *savant* entra en crisis. Martín, el hombre de ciencia, debe ingresar a un territorio lleno de licencias, cuya naturaleza parece regirse bajo sus propios códigos. En el monte, el valor del conocimiento se encuentra en la experiencia (la sabiduría), por eso se ve al intelectual como aquel “que habla de lo que no sabe” (27). De esta forma, resulta difícil poder tener certeza de algo excepto de que la novela termina el momento en que todos tienen que dejar Las Conchas. Si Martín decide quedarse o no poco importa, pero pareciera que la única forma que tiene de salir de este lugar es despartar.

Mayo de 2014

⁵ Pues hay que recordar que a veces los personajes distorsionan sus relatos inventando cosas (por ejemplo, Choque dice sobre Martín: “Yo no he notado que sea muy dado a las chanzas [...]”. Otra cosa es que sea mentiroso, porque lo que nos contó de Andrés Boludo, que se lo crea su abuela” (298); siguen una lógica similar a la del universo presentado por Jorge Suarez en *El Otro Gallo* (1982).

Bibliografía

- Antezana, Luis H.
2002 “Umbral”. En: B. Wiethüchter, A. M. Paz Soldán, R. Ortiz, & O. Rocha, *Hacia una historia crítica de la literatura boliviana*. La Paz: PIEB. (14).
- Saer, Juan José
2006 “Riesgos de la sabiduría”. En: J. J. Sera, *Trabajos*. Buenos Aires: Seix Barral.
- “Secreto”. (2001-2013). Diccionario de Etimologías de Chile. Recuperado de: <http://etimologias.dechile.net/?arte> el: 20 de mayo de 2014.
- Urzagasti, Jesús
2003 *El último domingo de un caminante*. La Paz: Ofa-
vin.
- Zavaleta Mercado, René
1979 “Los mitos ávidos de sangre de mestizos”. En: A. Céspedes, *Sangre de mestizos* (6a edición ed.). La Paz: Juventud.